

LA ORACION

SOBRE LA CUMBRE (1)

EN el monte una vez más, una vez más en este Gorbea, corazón de nuestra vieja Vizcaya, unión de los corazones de todos los montañeros vizcainos.

Aquí la tierra tiene alas, se eleva hacia el sol, llevándonos en su vuelo a los que buscamos vivienda en su reposo.

Día tras día hemos hecho de esta montaña, lugar de peregrinación contenta, de romería esperanzada. Hemos subido por sus sendas de luz, como guiados por el vuelo quieto de los buitres mañaneros; nuestras canciones se han confundido con las voces de los pastores, nuestras risas se han unido al eco de las esquilas y balidos, y en las noches de San Juan, hemos formado nuevas estrellas con las chispas de nuestras hogueras. Aquí hemos gustado la visión maravillosa de las mañanas en la montaña, cuando nacen en tropel luces, sonidos, colores, y en los atardeceres místicos, el Anboto misterioso nos ha enviado murmullos de láminas y sombras bruñeriles, mientras poco a poco se extinguía la canción de los rebaños.

Pero hoy acudimos de nuevo a la cumbre predilecta con el ánimo cambiado, porque venimos a trocar un pedazo de este campo de alegría, en campo santo, venimos a colocar un recuerdo de muerte en este monte de vida. Hemos subido por el pequeño sendero, trayendo con cuidado y devoción, una Cruz recordatoria, la Cruz para un compañero.

¡Porque el amigo que nos dió la montaña, está muerto!

Y en este paraje donde murió Manuel Galo Bacigalupe, con la barranca vengadora a nuestros pies, se alza la voz de la amistad con toda su fuerza espiritual. En la sole-

(1) A la memoria del compañero ido—Manuel Galo Bacigalupe—(Véase PYRENAICA, número 6) e "Athletic Club" de Bilbao, a cuyas filas perteneció el malogrado camarada, ha querido dedicar un recuerdo amistoso. Así, el día 24 de octubre pasado, nos reunimos en Gorbea en torno a la cruz erigida sobre el lugar del fatal accidente.

PYRENAICA se honra dando a la publicidad las palabras—hasta hoy inéditas— del Presidente del "Athletic Club", D. Manuel de la Sota, al ofrecer el sentido homenaje.

dad de la tarde, llamad desde aquí al amigo, y la voz del precipicio os contestará diciéndoos: AMIGO.

Aquí, que nos hallamos más cerca del cielo, más elevadamente sentimos todo el ímpetu de ese cariño exquisito, de ese no sé qué espiritual que nos impele a buscar nuestro verdadero hermano fuera de la familia, de esa divina vocación que como un arco iris une las almas de dos desconocidos. Todos iguales, los que seguimos el romántico camino de la amistad, los prejuicios no nos separan a los que vamos unidos por la juventud; mas alto está el que más en alto lleva su corazón, más respetable y más querido será el que mejor sepa querer y respetar. Sentir compañerismo es comulgar en la hermandad universal, y no hay mejores maestros de compañerismo que estos montes de la patria, que nos hacen más vascos y más hermanos.

(Por entre las brumas de la noche,—recordad—las voces de los compañeros fueron las que desgarraban el lúgubre silencio del Gorbea, porque presentían la muerte del amigo...).

Y hoy hemos llegado hasta este lugar donde murió el compañero, con las boinas en la mano, porque Manuel Galo Bacigalupe es ya más que nosotros. Pero estas boinas son como las cuentas negras de un gran rosario que nos entrelazan unos con otros, manos amigas que se estrechan, formando un corro de corazones iguales, cadena irrompible de la juventud montañera.

Estamos con nuestras cabezas descubiertas, porque nos parece estar oyendo la voz del amigo que dice al Cielo: «Mi Cruz, Señor, como la tuya, está en el monte», la misma voz que parece decirnos a nosotros: «La amistad, como esta Cruz, siempre con los brazos abiertos, para todos los hombres».

Si nosotros creyésemos, Gorbea, que tú nos has matado a un amigo, ya no te amaríamos más, y más no tornaríamos a visitarte; pero tú, Gorbea, no le despeñaste sino que le lanzaste al Cielo. A los pies de todos los hombres duerme un precipicio, que una vez en la vida fatídicamente se abre; Manuel Galo Bacigalupe vino a la cumbre buscando salud, vida para el cuerpo, pero por entre el misterio de la niebla, su abismo le esperaba, para darle muerte de cuerpo y vida de alma.

Y desde esta Cruz, que es como un nuevo jalón en la modesta historia de los montañeros vascos, de los que arriesgaron su vida en esta guerra de paz y juventud, es obligación nuestra dirigir los ojos a la lejanía, levantarlos hasta la montaña más alta del mundo, en cuya cima perpetuamente nevada, rodeados de soledad infinita, yacen sin vida, enlazados en un abrazo de eterna amistad tal vez, los héroes más grandes del montañerismo: Irvine y Mallory, personajes legendarios, que nunca bajaron de la cumbre más brava de la tierra. Y allí esperan, porque hay que descender hasta nosotros esos dos cuerpos heroicos, hay que devolverlos a sus madres, para demostrar que la voluntad y el coraje de un hombre joven, son más fuertes que toda la bravura de la naturaleza.

Y ahora, al descubrir esta estela recordatoria que erige nuestra amistad al compañero que murió dolorosamente, no voy a rogaros que guardéis un minuto ni dos de silencio, ¡Para qué! Este Gorbea posee toda una vida de silencio, de silencio infinito, para ofrecer respetuosamente, al hombre que escogió su cumbre la más alta de Vizcaya, para que su alma hasta Dios volase.

Agur, compañero de montaña; cuando la tarde decline, no volveremos tristes

pisando el mismo sendero que te trajo por última vez. Henchidos de vida bajamos del monte, y bajamos contentos porque nos hemos besado con tu alma.

Tú en el silencio, tú en la soledad, descenderás hasta esta Cruz que aquí han hecho florecer tus amigos, para pensar un poco en nosotros, para rezar por nuestras alegrías y nuestras penas y nuestros amores y nuestros desengaños, y para que arranques un pedazo de Amistad del corazón de Dios, un pedazo de Amistad, que nos una con fuerza heroica a todos los hijos de los montes vascos.

Agur, amigo nuestro; tú puedes hacerlo, porque al caer en los brazos de la montaña, los brazos del Señor te recogieron.

